

LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD: SENTIDO DE LA UNIVERSIDAD

CONSUELO GUTIÉRREZ DE GONZÁLEZ*

RESUMEN

Asumida la universidad a la manera de una persona natural y consciente de sí misma, se la concibe como si sorprendida por una sensación de dualidad en su ser, se encontrara dialogando consigo misma y proponiéndose preguntas e inquietudes sobre su propia identidad institucional, bajo una doble dirección o sentido: la pertinencia de su ser íntimo pero considerada en orden a la pertinencia de sus acciones en beneficio de la sociedad. A este propósito corresponden, primero, la breve visión histórica de la universidad como institución de reconocida personalidad jurídica; segundo, la universidad como corporación humana comprometida con la misión institucional universitaria y, tercero, el sentido de identidad de cada uno de los individuos o personas naturales de la corporación universitaria. Se concluye con una mirada reflexiva sobre la universidad de hoy, distendida entre ser un mero reflejo de la sociedad o, como le es debido al poder del saber, ser pauta y guía del desarrollo.

Palabras claves: construcción de identidad, universidad, formación universitaria.

* Trabajadora Social, Economista, Magíster en Ciencias Económicas, Conferencista del Simposio Permanente sobre la Universidad, Coordinadora de la Línea de Investigación en Políticas y Gestión de Sistemas Educativos y profesora de la Maestría en Educación de la Facultad de Educación de la Universidad Javeriana. E-mail: consuelogutierrez@javeriana.edu.co

Fecha de recepción: marzo de 2004

Fecha de aprobación: julio de 2004

IDENTITY CONSTRUCTION: SENSE OF UNIVERSITY

ABSTRACT

The university is identified as a natural person that is conscious of itself, and is conceived as a sensation of duality within. The university can be found talking to itself and asking questions about its own institutional identity, under a double direction or way: the relevance of its intimate being but consideration in order of the relevance of the actions in benefit to the society. To this intention corresponds, first, the brief historical vision of the university as an institution of legal recognized personality; second the university as a human corporation engaged with the university institutional mission and, third, the identity sense of each member or natural person from this corporation. This article can be concluded with a reflective view about the current university, which is seen between a single reflex of the society, or how it really has to be seen, as a line and guide of the development.

Key words: Identity construction, university, university formation.

"Conócete a ti mismo"

Máxima socrática

En un mundo cargado de cambios e incertidumbres, todos buscamos las respuestas personales e institucionales que mitiguen nuestra ansiedad.

Estas inciertas realidades causaron que Borges vertiera en líneas magistrales su angustiada meditación sobre la consustancial dualidad humana. Dice el poeta intentando hablar a la vez en primera y en segunda persona: «...yo vivo, yo me dejo vivir para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que ha logrado ciertas páginas válidas, pero esas páginas no me pueden salvar, quizá porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro sino del lenguaje o la tradición... Yo he de quedar en Borges no en mí (si es que alguien soy), pero me reconozco menos en sus libros que en muchos otros o que en el laborioso rasgueo de una guitarra.»

Este sentimiento de dualidad que nos plantea el poeta es el que hemos de convertir no en lastre sino en motor de elaboración personal y social. Somos personas y nuestras obras nos trascienden para conformar el patrimonio cultural que manteniéndose nuestro está llamado a perfeccionar las realidades humanas.

Quienes de manera privilegiada moramos en el espacio de la educación superior, nos preguntamos si la universidad como instancia fundamental de construcción social está llamada, como Borges, a dialogar consigo misma, a pensarse y responder a su propia búsqueda.

Las reflexiones que aquí plantearemos interpelan a la institución del saber sobre las soluciones que ella deba proponerse y proponerle a la sociedad. Por ello nos preguntamos de entrada: ¿qué les compete a la comunidad o corporación universitaria de hoy y a sus funciones en orden a la formación de la persona, al desarrollo y difusión de la ciencia y los conocimientos y al servicio a la sociedad, de manera que la institución universitaria, mantenida su propia «identi-

dad» y la forma como ella entiende sus propias misiones o deberes, sepa «conocerse a sí misma» y responder adecuadamente a cuanto las sociedades, hoy perplejas entre los vuelcos sorpresivos, esperan de la luz universitaria? Para respondernos este interrogante entenderemos por identidad, con Castells (1999: 28), un «proceso de construcción de sentido¹ que atiende a un atributo cultural, al cual se le da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido.»

La pregunta precedente nos expone ante el problema actual que se plantea entre la «pertinencia interna» de la universidad y su «pertinencia externa». Por lo primero, pertinencia interna, quiero significar que la universidad, salvadas su propia «identidad» institucional y el cumplimiento de sus misiones, se halla en capacidad de percibir de modo adecuado las actuales necesidades de las personas y de la sociedad, para responderles en forma pertinente. En esto segundo consiste la pertinencia externa.

Con el merecido logro de ambas fases de la pertinencia, puede afirmarse que la universidad acertó en la auténtica «fuente de sentido» de sus acciones, de la cual surte, a la vez, la comprensión del «sentido» legítimo de las necesidades reales y de las en casos posibles, opuestas o pretendidas exigencias de la sociedad y de sus personas.

Halladas ambas fuentes de sentido habremos precisado un triple alcance de la identidad universitaria: la «identidad» de la universidad como institución histórica; la identidad de la comunidad universitaria, y la identidad de los sujetos que conforman esa comunidad universitaria. Por supuesto, estos tres alcances de la identidad son indesligables.

La identidad de la universidad como institución

Reconocer la identidad de la universidad como institución social, implica consultar sus orígenes como un organismo que posee identidad.

Institución, para Berger y Luckmann (1968: 82), es aquello que «... tiene una historia que antecede al nacimiento del individuo y no es accesible a su memoria biográfica, y que ya existía antes de que él naciera y existirá después de su muerte». Trasladado este genérico concepto de institución a nuestro caso, a la

¹ Entendido como la identificación simbólica que realiza un actor de la sociedad, del propósito de su acción.

universidad la experimentamos en su realidad objetiva como una institución creada para cumplir unas funciones, cuya lógica de acción está determinada por la naturaleza autónoma universitaria.

En cuanto a su naturaleza, la universidad es una institución creada por la sociedad para la educación de la persona; para la construcción y difusión de la ciencia en sus más altos niveles y para el servicio a la sociedad. ¿Qué le imprime a la universidad su carácter de legítima subsistencia? Justamente la permanencia de las misiones que ella autónomamente se asignó; misiones que si orientadas a la persona, a la ciencia y a la sociedad, suponen que mientras exista la persona racional e inteligente, habrá ciencia, y que también habrá sociedad porque la persona nace para sí y también para los otros; vale decir y reiterar, para vivir en unidad social (Borrero, 2000). Sus misiones, sus funciones y sus notas características le determinan a la universidad su identidad primaria² por cuanto aquéllas emanan de la naturaleza universitaria y la han acompañado a través de su historia. Esta forma de la identidad institucional es entendida por Castells como identidad «legitimadora»;³ para nuestro caso, de la universidad como institución histórica.

Pero, si histórica, la identidad de la universidad ha venido siendo objeto de acomodaciones efectuadas por actores externos como los sociales y políticos, que a la universidad le han impreso consabidos proyectos. Así

Quienes de manera privilegiada moramos en el espacio de la educación superior, nos preguntamos si la universidad como instancia fundamental de construcción social está llamada, como Borges, a dialogar consigo misma, a pensarse y responder a su propia búsqueda.

² La identidad primaria es una identidad que enmarca el resto, y que se sostiene por sí misma a lo largo del tiempo.

³ La construcción social de la identidad en sentido colectivo, según Castells, siempre tiene lugar en un contexto enmarcado en relaciones de poder, y propone tres formas y orígenes de identidad, a saber:

a) La identidad legitimadora, que es la definida por las instituciones dominantes de la sociedad para ampliar y racionalizar su dominio frente a los actores sociales.

b) La identidad de resistencia, que es la identidad engendrada por los actores sociales y que se encuentra estigmatizada por la lógica de la dominación, basada en principios opuestos o diferentes a los institucionalizados.

c) Y la identidad «proyecto», o la identidad producida por los actores sociales, basados en los materiales culturales de que disponen, que redefinen su posición en la sociedad y que buscan la transformación de toda la estructura social.

creemos que mientras a la universidad napoleónica del siglo XIX se le quiso legitimar su identidad institucional induciéndole la función obligada de formar personas que mantuvieran el orden imperial establecido por Napoleón, en época contemporánea al Imperio Napoleónico, la universidad prusiana prefirió institucionalmente legitimarse por el ejercicio de su función investigativa y científica.

En ambos casos a la universidad le fue inducida lo que Castells denominaría una «identidad proyecto». Sólo que en el caso prusiano la identidad proyecto respetó la identidad legitimadora histórica de la universidad autónoma, que fue lesionada por la identidad del proyecto que a la universidad le impuso la voluntad napoleónica.

La universidad prusiana, al adoptar libremente una identidad proyecto supo ser fiel a su identidad legitimadora histórica. Cabe entonces concluir en este punto con un interrogante: ¿Qué se espera de nuestras instituciones universitarias si ellas desean ser la fuente de sentido que legitime su pertinencia interna institucional y, a la vez, su pertinencia externa para el legítimo servicio que de ellas requieren la sociedad y sus personas?

La identidad de la comunidad o corporación universitaria

Pero al decir que la universidad es una institución social, afirmamos que en cuanto tal, la universidad fue y ha sido el fruto de la acción humana; pero esta acción no es sólo una acción individual, sino colectiva. Por ello ahora analizaremos la universidad como comunidad o corporación, que tiene cara visible en cada época, en cada contexto y en cada grupo humano que la constituya.

Característica distintiva de la universidad es su condición corporativa o comunitaria. Entendamos por corporación, en sentido concreto, la agrupación universitaria de maestros y estudiantes que se ocupan de la actividad académica, la cual, por supuesto, es de interés y servicio público cultural. Se supone, en la perspectiva corporativa, que quienes en la universidad son y están, le asignan sentido a su permanencia en ella y encuentran espacio para el despliegue de sus potencialidades para contribuir a la obra universitaria. Es decir, que hay un auténtico compromiso colectivo con las misiones de la universidad.

La universidad, en cuanto corporación, significa la unidad en la diversidad de personas y saberes. Unidad, porque a todos los convoca para el conocimiento, la ciencia, la formación, y para el servicio a los sujetos y a la sociedad como un todo. De su parte, la diversidad deriva de incorporar a maestros y estudiantes poseedores de diversos intereses en torno al saber; respecto a las disciplinas y profesiones que los convocan, y en orden a las concepciones epistemológicas de las disciplinas y campos del saber. Hacer o construir comunidad académica significa, entonces, la apertura al diálogo para que estas visiones no coincidentes se encuentren y puedan construir una comunidad en la cual sus características distintivas sean la diferencia y la heterogeneidad. Es justamente esta «unidad en la diversidad» lo que en la comunidad universitaria perfila el carácter de la identidad corporativa.

La corporación universitaria debe ser espacio para que las interacciones con el otro permitan construir identidades individuales y colectivas. A este respecto Wilhelm Von Humboldt (1792: 16) declara: «el provecho de tales relaciones para la formación del hombre depende siempre de cómo se conserve la independencia de las personas unidas y la intimidad de la relación. Es necesaria la intimidad para que el uno pueda ser suficientemente comprendido por el otro; pero hace falta también la independencia para que cada uno pueda asimilar lo que ha comprendido del otro en su propio ser.»

¿Dónde se explicita el sentido de unidad de una universidad como corporación? Es de pensar que la cohesión de la comunidad universitaria se encuentra expresada en el Proyecto Institucional, que debe ser compartido por todos sus miembros. El Proyecto Institucional es un texto que tiene espíritu y vida corporativa sólo cuando es gestado y compartido por la comunidad. Entendemos aquí por corporación la confluencia de intereses entre maestros, estudiantes y directivos académicos y administrativos. Este Proyecto, en nuestro concepto, sella el verdadero sentido de comunidad universitaria.

Cabe por ello preguntarnos: en nuestras universidades, ¿hay sentido compartido del Proyecto Institucional? ¿Hasta dónde el Proyecto Institucional es fuente de significado y de sentido para los comportamientos corporativos; vale decir, de identidad corporativa?

Comunidad en la universidad no significa «comunitarismo» en el sentido que a este término le asigna Richard Sennett (2000), por cuanto el comunitarismo supone resistencia frente a lo externo, y la universidad por definición es abierta al saber y a la sociedad.

En última instancia, la identidad le plantea a la universidad en cuanto a corporación, el reto de permitir la construcción de sí misma en la vida en común. Humboldt (1792: 18), en expresión muy vital, nos dice: «Para mí, el supremo ideal en la coexistencia de los seres humanos sería aquel en que cada uno se desarrollase solamente desde sí mismo y en virtud de sí mismo.»

La identidad de los actores de la universidad en sentido individual

En el mundo de los roles de la sociedad flexible de hoy, las personas son sustituibles y se les desconoce su respectivo carácter personal único, singular e irrepetible. Esto conduce al anonimato de los sujetos, sólo reconocidos como a través de máscaras o imágenes niméticas, a las cuales la sociedad les asigna arbitrariamente roles⁴ despojados de sentido: ¡ocultamiento de las auténticas identidades!

Trataremos, entonces, en este aparte, de la identidad en el sentido individual de las personas o «actores» de la universidad. Quizás el vigor más complejo de la identidad institucional es aquel que a la universidad le permite, a la vez, ser espacio de construcción de identidades individuales. Esta posibilidad nos ubica en la misión que la universidad tiene respecto a la construcción del ser humano, e ingresa en nuestra reflexión, entonces, el concepto de la formación, ésta aquí entendida como el proceso continuo y constructor de cada identidad individual.

Para este efecto, comencemos por decir, con Guillermo de Humboldt, que «El verdadero fin del hombre —no el que le señalan las inclinaciones variables, sino el que le prescribe la eternamente inmutable razón— es la más elevada y proporcionada formación posible de sus fuerzas como un todo. Y para esta formación, la condición primordial e inexcusable es la libertad. Pero, además de la libertad, el desarrollo de las fuerzas humanas exige otra condición, aunque

⁴ Para aclarar el concepto de identidad, diferenciémoslo del concepto de rol. Todos nosotros desempeñamos roles, es decir, funciones sociales en el campo laboral, educativo, familiar, pero no siempre los roles que desempeñamos son fuente de sentido. Así, los roles se definen por las normas estructuradas por las instituciones y por la forma como aquéllas influyen en la conducta individual de las personas, dependiendo de los acuerdos y negociaciones que se hagan entre las personas y las instituciones. Las identidades también pueden originarse en las instituciones, pero sólo se convierten en tales si los sujetos las interiorizan y les construyen su sentido. De esta forma, nos dice Castells, las identidades organizan el sentido y los roles organizan las funciones.

estrechamente relacionada con la de la libertad: la variedad de las situaciones. Incluso el hombre más libre y más independiente, puesto en una situación de uniformidad se forma menos.» (Gadamer, 1975: 14) Es decir, que la libertad de acción del hombre y la variedad de situaciones del actuante, es lo que le permiten desarrollar una identidad genuina.

En coincidente reflexión, Amartya Sen, economista contemporáneo, nacido en la India, asume que la calidad de vida lograda por una persona depende de su «capacidad de elegir» para lograr las realizaciones que ella considera valiosas, y esa capacidad de elegir está relacionada con la variedad de oportunidades de que la persona disponga y de la libertad de elección que ella tenga. (Gutiérrez, 2000: 15) ¿Acaso lo que se busca con la formación no es la mejor calidad de vida de las personas, es decir, el desarrollo humano?

La formación, para Hegel, es, según Gadamer, algo interno a la persona, a través de lo cual el ser humano asciende a la generalidad. La persona que se entrega a la particularidad, dice Hegel, es inculto, como por ejemplo el que cede a la ira sin medida. Esta persona «no es capaz de apartar su atención de sí mismo y dirigirla a una generalidad desde la cual determinar su particularidad con consideración y medida» (Gadamer, 1975: 41). Hegel distingue, no separa, dos tipos de formación: la formación práctica y la formación teórica. No opone el comportamiento meramente teórico al comportamiento práctico, «... sino que acoge la determinación esencial de la racionalidad humana en su totalidad». (Gadamer, 1975: 41)

Además, Gadamer explicita el sentido que para Hegel tiene la formación práctica, la cual implica un «distanciamento respecto a la inmediatez del deseo, de la necesidad personal y del interés privado, y la atribución a una generalidad». (Gadamer, 1975: 42). La elección profesional es un ejemplo del significado de la formación práctica, por cuanto ella es, en cierto modo, un

Quizás el vigor más complejo de la identidad institucional es aquel que a la universidad le permite, a la vez, ser espacio de construcción de identidades individuales.

destino, una necesidad exterior que implica entregarse a los ejercicios que en cuanto tales no benefician al sujeto que los desarrolla, aun cuando de este ejercicio el profesional derive su sustento y pueda estar dotada de sentido para el profesional. De ahí que Gadamer (1975: 42), apoyado en Hegel, plantee que «La entrega a la generalidad de una profesión es así al mismo tiempo un saber limitarse, esto es, hacer de la profesión una cosa propia». Cuando esto ocurre podemos hablar de la profesión como fuente de sentido, es decir, de identidad.

En cuanto a la formación teórica, recalca Hegel, es aún más claro el reconocimiento de sí mismo en el otro. Esta formación trasciende lo que el ser humano sabe y experimenta directamente. El comportamiento teórico es enajenación, es ocuparse de un no-inmediato, de un extraño. Pero no es la enajenación lo que constituye la esencia de la formación, sino el retorno a sí, el hacer de lo extraño algo propio que se convierte así en fuente de identidad, de sentido.

El concepto de formación, para Gadamer (1975: 39), está ligado al concepto de cultura, y se refiere al «... modo específicamente humano de dar forma a las disposiciones y capacidades naturales del hombre» es decir a la manera de construirse a sí mismo y de construir la propia identidad. Entendamos, para estos propósitos, la cultura como la construcción del sentido universal de unas prácticas específicas.

Humboldt retorna para establecer una fina distinción entre cultura y formación. Cultura, en el significado que la palabra abriga en la lengua alemana, hace relación al desarrollo de capacidades o talentos, en tanto que, al hablar de formación, ésta se refiere «... a algo más elevado e interior, al modo de percibir que procede del conocimiento y del sentimiento de toda la vida espiritual y ética y se derrama armoniosamente sobre la sensibilidad y el carácter.» (Gadamer, 1975: 39)

Analicemos las implicaciones de los aspectos que Humboldt plantea en su concepto de formación. La formación, en el aspecto ético, tiene que ver con la conciencia moral y la responsabilidad social. Esto se refiere a lo que Sen denomina la faceta de la persona como agente. Es decir que las personas actúan no siempre en busca de su propio interés, sino que asumen acciones en beneficio de otras personas o de la sociedad, apartándose del comportamiento egoísta.

En cuanto a la sensibilidad o tacto, Helmholtz, resumido por Gadamer, la entiende como una «... capacidad de percepción de situaciones así como para el comportamiento dentro de ellas cuando no poseemos respecto a ellas ningún saber derivado de principios generales». (Gadamer, 1975: 44)

Vale la pena reafirmar la configuración del *carácter* como factor constitutivo de la formación y de la identidad. Carácter, en el Diccionario de María Moliner, es la «señal o marca que se imprime, dibuja o esculpe en cualquier cosa» y, cuando se refiere a lo humano, es «la manera de ser de una persona, con referencia a su actitud y reacciones frente a la vida en general».

¿Es posible la construcción del carácter en la sociedad actual, signada por los continuos cambios, lo cual implica, en cierto modo, que las personas se encuentren a la deriva y que de ellas se requieran posiciones y conductas flexibles para adaptarse a las circunstancias de la sociedad actual, sin que el carácter personal se quiebre?

Cualidades del carácter, como la lealtad, el compromiso, la resolución y los objetivos, son cualidades de largo plazo que en la sociedad actual se hallan comprometidas, porque las personas están sujetas a los cambios en el corto plazo y al imperio de la flexibilidad. A esta situación, Sennett (2000: 30) la denomina la «corrosión del carácter» porque «Las especiales características del tiempo en el neocapitalismo han creado un conflicto entre carácter y experiencia, la experiencia de un tiempo desarticulado que amenaza la capacidad de la gente de consolidar su carácter en narraciones duraderas».

La formación que emana del ser en cuanto devenido, configura la identidad de los sujetos. El reconocer nuestra identidad implica la autorreflexión; de ahí que Giddens, citado por Castells, plantee que «la identidad propia no es un rasgo distintivo que posee el individuo. Es el yo entendido reflexivamente por la persona en virtud de su biografía» (Castells, 1999: 32). Más adelante Giddens agrega: «ser un ser humano es comprender (...) tanto lo que se está haciendo como por qué se está haciendo. (...) En el contexto del orden postradicional, el 'yo' se convierte en un proyecto reflexivo». (Pág. 32-33)

En consecuencia de lo dicho sobre las relaciones entre formación e identidad, y dado que ambos conceptos nos conducen a entenderlos en su dinámica social e histórica, la universidad no puede soslayar, como en ocasiones se ha pretendido, la responsabilidad de ser un espacio de construcción de sentido por parte de los sujetos y no sólo espacio para el aprendizaje de roles sociales, reduciendo de este modo su impacto a la simple formación profesional. Si lo primero, la universidad será escenario para la construcción de identidades que organizan sentido; si lo segundo, sólo lo será para el cumplimiento de roles que organizan funciones, al decir de Castells.

Una mirada reflexiva a la universidad de hoy

El diálogo de Borges consigo mismo me inspira el arreglo textual de la presente conclusión, que recoge los apartes precedentes:

Hemos trazado, simulando una primera persona que dialoga en singular, la estampa universitaria como institución histórica. En segunda persona de un plural colectivo, la identidad universitaria como corporación. Y, en fin, en segunda persona de un singular individualizante, a cada uno de los actores universitarios que en el espacio propicio de la universidad corporativa pudieron esculpir el sentido y la forma de su individualidad.

Reflexionemos, pues, una vez más, sobre cómo la universidad pueda conjugar, en las actuales circunstancias de la vida, la interacción de los tres alcances de la identidad que arriba dejamos descritos.

La universidad, esa primera persona institucional corporativa, está siendo permeada por la actual fragmentación del conjunto de las realidades que le debilitan el percibir y el vivir el sentido de su unidad en la diversidad. El estamento profesoral es presa de incertidumbres sobre el impacto de sus acciones educativas y sobre su ser. Los estudiantes no siempre descubren en la universidad el espacio donde construir su proyecto de vida. Los directivos se debaten en la toma de decisiones institucionales ante el vertiginoso rumbo de un contexto nuevo y acelerado, que dificulta asimilarlo en el corto plazo enfrentado con la veloz y aletargada respuesta de la sociedad ante los cambios. La institución histórica está perpleja ante el imperio de la racionalidad instrumental que le impide el discurso crítico sobre sí misma y sobre su proyección social. Se le ofusca el horizonte de su sentido institucional.

Se requiere por ello fortalecer el sentido del plural «nosotros» en la universidad como un «nosotros» abierto a lo otro y a los otros. Ella, la universidad histórica institucional, sigue siendo, como antaño, el reducto de confluencias interculturales. Pero éstas son hoy más turbulentas, y se requiere una universidad más capaz de mirarse a sí misma y a lo otro para encontrar el sentido de su ser y de su hacer, porque sólo reconociéndose en las nuevas situaciones, la universidad podrá ser gestora y partera de una diferente sociedad.

En esta empresa, el Proyecto Institucional de la universidad no podrá ser sólo de la institución, sino compartido por la corporación, cuyos miembros sentirán que el espacio universitario que disfrutaban en común les permite realizarse como

grupo y como personas para el acertado servicio a sus semejantes y a la sociedad.

Sennett (2000: 140) plantea, en su mirada a la sociedad y al sujeto, que las narrativas de las visiones llamadas postmodernas reflejan «Un yo maleable, un *collage* de fragmentos que no cesa de devenir, siempre abierto a nuevas experiencias; éstas son precisamente las condiciones psicológicas apropiadas para la experiencia del trabajo a corto plazo, las instituciones flexibles y el riesgo constante. Sin embargo, hay poco espacio para comprender el derrumbe de una carrera si creemos que toda la historia de una vida sólo es una colección de fragmentos. Tampoco hay espacio para analizar la gravedad y el dolor del fracaso, si no es más que otro incidente». Frente a esta situación planteada por Sennett, la universidad debe contribuir a que el sujeto desarrolle las condiciones internas para asumir el fracaso del momento dentro de un todo, en el contexto de su vida y su sentido, y lo convierta así en fuente de realización y no de aniquilación.

Y enlazando la precedente formulación de Sennett con el pensamiento de Alain Touraine, se deduce, del primero, que el fortalecimiento del sujeto es el modo como la universidad puede responder a las exigencias sociales; y del segundo, la propuesta que hace Touraine en torno a la orientación de las instituciones educativas y en particular de la universidad, cuando formula tres principios que deben orientar la acción de las instituciones educativas: formar al sujeto para la libertad personal; la comunicación intercultural y el reconocimiento del otro, y corregir las desigualdades de las situaciones y oportunidades.

La necesidad de formar profesionales reflexivos es ineludible frente a la crisis de confianza que se ha desatado contra los profesionales. A este respecto, Donald Schön (1992: 21), declara: «Si al mundo profesional se le acusa de ineficacia y deshonestidad, a los centros de formación de profesionales se les acusa de no saber

El reconocer nuestra identidad implica la autorreflexión; de ahí que Giddens, citado por Castells, plantee que «la identidad propia no es un rasgo distintivo que posee el individuo.»

enseñar las nociones elementales de una práctica eficaz y ética». Esta dura sentencia nos aboca al tema de la pertinencia de la formación profesional en la universidad, y nos conduce a pensar que en su actividad rutinaria, los profesionales no son conscientes de cuanto de ellos se espera, más allá de la preparación técnica.

Es muy cierto que nadie puede ayudar a formar a alguien si éste no lo hace por sí mismo y desde sí mismo. Pero la universidad debe generar contextos que posibiliten el desarrollo de la capacidad reflexiva de los profesionales.

La universidad debe interrogarse sobre el papel de la ciencia y la tecnología e incorporarle al proceso formativo, además de los conocimientos científicos de las leyes de la naturaleza y el saber instrumental, el saber interpretativo y la formación en ciencias humanas y sociales, para de esta forma ofrecerles a los estudiantes la formación general unida a la formación profesional. Se requiere que la universidad asocie el método de las ciencias con el análisis de las prácticas sociales y con el mundo de la vida. En últimas, la universidad tiene el reto de eliminar la actual separación entre el mundo de la vida académica y la vida privada y cotidiana, y la distancia entre la vida afectiva y emocional y la vida racional.

Esta es la manera como la universidad fortalecerá su identidad primaria y se vigorizará como fuente de sentido para la corporación universitaria y los sujetos que la conforman. Sólo así podremos caminar juntos, de la mano del *alma mater*, fuente de sentido, y que en su compañía busquemos una sociedad donde las máscaras que esconden nuestra identidad caigan sustituidas por los verdaderos actores sociales que redefinan en libertad, su identidad y la de sociedad en que desean vivir y compartir.

Como una consecuencia de su identidad, debe haber un compromiso de la universidad para que «conociéndose a sí misma» sepa señalarle caminos pertinentes a la sociedad, especialmente en épocas de crisis.

Y acudiendo al siempre sabio e iluminador pensamiento educativo del Padre Alfonso Borrero, que con su pródiga y trashumante entrega a los universitarios ha sabido emitir luces de esperanza a la educación superior mundial y latinoamericana, digamos con sus palabras, que «la universidad debe ser pauta para la sociedad y no sólo su dócil reflejo».⁵

⁵ Simposio Permanente sobre la Universidad.

Bibliografía

- Berger, Peter; T. Luckmann (1968), *La construcción social de la realidad*, Argentina, Amorrortu editores.
- Borges, Jorge Luis, *Borges y yo, Páginas escogidas*, La Habana, Casa de las Américas.
- Borrero, Alfonso (2000), «Idea de la universidad en sus orígenes», Bogotá, *Simposio Permanente sobre la Universidad*, Conferencia II.
- Castells, Manuel, (1999), *La era de la información. Vol. II El poder de la identidad*, México: Siglo XXI Editores.
- Gadamer, George, (1975), *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme.
- Gutiérrez, Consuelo, (2000), «La educación, el empleo y el desarrollo en Colombia», Bogotá, *Simposio Permanente sobre la Universidad*, Conferencia XXXIV A.
- Humboldt, Von Wilhelm, (1792), *Los límites de la acción del estado*, Madrid, Editorial Tecnos.
- Schön, Donald, (1992), *La formación de profesionales reflexivos*, Barcelona, Paidós.
- Sennett, Richard, (2000), *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama.
- Touraine, Alain, (1997), *¿Podremos vivir juntos?*, Brasil, Fondo de Cultura Económica.